Material Preparatorio

Ser y misión

de la Acción Católica General

Llamados y enviados a evangelizar

"...así también os envío yo" Jn 20, 21

AC+ general

II ASAMBLEA GENERAL

Del 1 al 4 de agosto de 2013 – Madrid

SER Y MISIÓN DE LA ACCIÓN CATÓLICA GENERAL

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos ante el documento fundamental de reflexión y preparación de la II Asamblea General de la ACG. Pretende ser un instrumento que nos ayude a responder, de forma personal y colectiva, a las siguientes preguntas: ¿cuál es el papel que debe jugar hoy la Acción Católica General en la misión evangelizadora de la Iglesia? ¿En qué aspectos debemos crecer, cambiar o avanzar para dar la respuesta adecuada a lo que la Iglesia y el mundo demandan de la Acción Católica General? ¿Qué cambios internos debemos acometer para que nuestra capacidad evangelizadora sea más eficaz y fructífera?
Sin duda alguna que somos conscientes de que no estamos tratando un asunto menor, ni siquiera un asunto más de una asamblea más. Estamos intentando dar respuesta como ACG a las grandes preguntas que hoy en día se está haciendo toda la Iglesia. Por lo tanto, esta tarea que ahora iniciamos requiere lo mejor de nosotros, nuestra mayor dedicación, abundante docilidad para acoger lo que el Padre nos pide y capacidad para asumir la conversión constante que la fe cristiana conlleva.
El punto de partida de este camino no puede ser otro que el análisis equilibrado, integral y profundo de la situación social y eclesial en la que nos encontramos, tratando de descifrar algunos aspectos de la realidad que nos permitan ver el futuro evangelizador con mayor clarividencia. Este análisis se realiza en un contexto en el que, en mayor o menor medida, todos hemos experimentado que muchas de las cosas que hacíamos no hace muchos años ahora ya no funcionan, han perdido su capacidad evangelizadora e, incluso, generan en ocasiones el efecto contrario al deseado. Los procesos que acompañamos no dan el fruto deseado, nos cuesta mucho formar un grupo, no somos capaces de llegar a las personas que necesitan acoger el Evangelio de Jesucristo.

Sin embargo, no podemos caer en la tentación de hacer un análisis de la realidad desde una actitud defensiva. Es tentador refugiarse en los cuarteles de invierno, esperando que las condiciones ambientales cambien, ya que nuestra tarea evangelizadora está básicamente bien y, por lo tanto, no requiere grandes transformaciones, porque es el mundo el que debe cambiar. O bien mirar la realidad por encima del hombro, desde la autosuficiencia, y contentarse con ser unos pocos, cohesionados y aparentemente con una vida comunitaria enriquecedora, pero que discurre paralelamente al resto de la humanidad, con escasos vasos comunicantes. O caer en un pesimismo, claudicante o heroico, pero pesimismo en definitiva. Actitudes como "ya no hay nada que hacer, hasta aquí hemos llegado" o "al menos yo permaneceré aquí hasta el final", son diferentes expresiones de un mismo sentir, ya no del final de una época, sino del final en sí mismo.

Es necesario que hagamos un ejercicio de realismo y de sinceridad, sin ocultar nuestras lagunas, carencias o dificultades, evitando retroalimentarnos con lamentos por lo que no somos o no tenemos. Que seamos valientes para reconocer en nosotros todo aquello que haya que cambiar. Reconocer todo lo que sea necesario, para convertirnos lo que sea preciso, para anunciar el Evangelio a cuántos más mejor y de la manera más eficaz posible. Que también seamos capaces de descubrir en el presente los signos de esperanza que nos permita mirar al futuro con clarividencia. Que nuestra mirada no se centre en "nuestros pequeños asuntos". Ortega y Gasset decía que "sólo cabe progresar cuando se piensa en grande, sólo es posible avanzar cuando se mira lejos". Pues bien, iniciemos este trabajo desde una perspectiva a medio y largo plazo, apartando de nosotros las decisiones teñidas de desesperación que

provoca el miedo, o las decisiones teñidas del egocentrismo que provoca la sensación de creernos mejores que los demás.

EVANGELIZAR HOY

La tarea de evangelizar está siendo en la actualidad motivo de reflexión en el seno de la Iglesia. Un alto número de personas no creen en Jesucristo y su Evangelio, bien porque no han tenido oportunidad de conocerlo, o bien porque se han alejado de la fe y de la vida de la Iglesia después de una primera experiencia. Esta situación no es homogénea en todo el mundo, sino que cada lugar o región presenta unas características particulares. En lo que denominamos Occidente, que es donde se encuentra culturalmente ubicada España, el fenómeno de la secularización es considerable. No es necesario entrar en grandes profundidades para darse cuenta del descenso de la práctica religiosa y del protagonismo de la fe cristiana y de la Iglesia en la vida de las personas. Dato significativo es el progresivo descenso del número de personas bautizadas, a pesar del "status civil" que tiene todavía este sacramento en muchas personas.

Es urgente y prioritario, por lo tanto, el anuncio de la fe a las personas que no conocen a Jesucristo. Si tradicionalmente esta tarea se asociaba a las misiones llevadas a cabo en países lejanos, hoy convivimos entre personas que no han tenido la oportunidad de descubrir el Evangelio. La actividad misionera debe desarrollarse también entre nuestros vecinos, entre nuestros amigos, entre nuestros compañeros de trabajo.

Con la misma urgencia debemos situarnos con las personas que, si bien han recibido el Bautismo y han vivido al menos una mínima experiencia de fe, se encuentran ahora alejadas de la Iglesia y de la praxis cristiana. Este es el fenómeno más característico y frecuente en Occidente, pero de ninguna manera exclusivo.

Además, debemos ser conscientes de que el anuncio del Evangelio es ahora mucho más complejo que hace unos años. La "pluralidad de ofertas" presentes en la sociedad es mucho mayor y los métodos y formas de anuncio resultan más atractivos. Sin embargo nuestro mensaje, el que debemos proclamar los cristianos, es el mismo. De nosotros depende en gran medida que sea percibido como "lo de siempre", como algo caduco que no produce la más mínima curiosidad en las personas; o por el contrario, como un tesoro único que ha pasado de generación en generación y que trae la salvación para todos. El testimonio de los apóstoles y de los primeros cristianos nos puede servir de referencia. Su pasión, coraje y ardor por llevar el Evangelio a todo el mundo son un buen punto de partida para reflexionar sobre cómo evangelizar hoy.

La Nueva Evangelización, término puesto en escena por Juan Pablo II e impulsado por Benedicto XVI, recoge en una misma expresión toda esta hermosa e ingente tarea que la Iglesia está llamada a llevar a cabo, porque la Iglesia existe para evangelizar. El Sínodo de los Obispos, celebrado a finales del año 2012, ha tratado a fondo la necesidad de una Nueva Evangelización dirigida especialmente hacia los países de mayor tradición cristiana. Es tiempo por tanto de reflexión, de cuestionamiento, de recrear la misión de la Iglesia y de ser capaces de encontrar nuevas formas de evangelizar.

Como punto de partida es necesario situar la Nueva Evangelización en una clave absolutamente espiritual. El protagonista principal de la evangelización es el Espíritu Santo. No debemos obsesionarnos ni caer en la “pastoral de la culpa” personal o del prójimo, como si no confiáramos en que es el Espíritu Santo quien hace una invitación explícita a cada ser humano. No somos los responsables de que cada persona acoja a Jesucristo. Nuestra responsabilidad radica en difundir el Evangelio con alegría, creatividad y de forma comprensible. Responsabilidad que reside en todo el Pueblo de Dios. La transmisión de la fe cristiana no es para unos pocos, no requiere de una acción especializada llevada a cabo por una serie de personas escogidas y formadas de forma específica. Ni siquiera es algo opcional, algo que un

cristiano puede asumir o rechazar. El anuncio y proclamación de la Buena Nueva es esencial, forma parte de la identidad cristiana. San Pablo, en su Carta a los Corintios lo expresaba así: "El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!".[1]

Este anuncio, que es tarea de todos, necesita hoy de forma urgente nuevos modos de expresión. La sociedad actual demanda de nosotros la búsqueda de un lenguaje y formas adecuadas, para que nuestro anuncio no les resulte incomprensible o les deje indiferentes. Jesús tuvo la capacidad de anunciar el Evangelio a los más pobres, a las prostitutas, a los ricos, a los recaudadores de impuestos… Y era capaz de tocar lo más profundo e íntimo de su corazón. Este debe ser nuestro empeño; desarrollar la capacidad de que las personas con las que convivimos se pregunten, ¿por qué son así los cristianos? Para ello es necesario atreverse a experimentar, a pisar terreno desconocido, dejando de hacer cosas "porque siempre las hemos hecho así".

Tenemos la certeza de que algunos aspectos de la vida cristiana despiertan la curiosidad en las personas de nuestro entorno y que en ocasiones plantean unos interrogantes que generan unas condiciones adecuadas para que la acción del Espíritu Santo sea mucho más fructífera. A los hombres y mujeres de hoy en día les atrae la autenticidad, las personas que manifiestan entusiasmo y pasión, pero con los pies en el suelo. Les atraen las personas que viven como dicen que viven. Si una comunidad de creyentes vive como dice Jesús y, evitando el exhibicionismo o el acomplejamiento, es capaz de mostrar a los demás su forma de vida, no cabe duda que generaremos una atracción sobre un buen número de personas. Pero, ¿son nuestras comunidades cristianas una experiencia real del Evangelio de Jesucristo? ¿Son nuestras vidas un testimonio interpelador para los demás?

El Evangelio debe ser anunciado de forma comprensible a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Pero, sin dejar de ser este un aspecto muy importante de la nueva evangelización, no es la cuestión nuclear. Hoy más que nunca debemos situar en el corazón del anuncio la figura de Jesucristo. "No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios".[2] Hablamos de la necesidad del anuncio explícito del Evangelio de Jesucristo que, si a lo largo de la historia de la Iglesia ha sido el centro de nuestro mensaje, en este tiempo requiere redoblar los esfuerzos para que no quede ningún género de duda de que lo que anunciamos con nuestras palabras y testimoniamos, con nuestra vida, es a Jesucristo y su Evangelio.

También se está abordando una profunda reflexión sobre el primer anuncio a los no creyentes, el regreso de los alejados y la pastoral cotidiana con los que son creyentes y participan de la vida de la Iglesia. El primer anuncio de la fe va dirigido a los que no son creyentes y a aquellos que viven en la indiferencia religiosa. Se trata de una tarea tan compleja como urgente, de la que no tenemos apenas experiencias que nos puedan servir de referencia. Este primer anuncio debe provocar una primera conversión, que posteriormente debe ser acompañada de forma cuidadosa e intensa para favorecer la consolidación y maduración de esa primera llama de la fe. La Nueva Evangelización está dirigida, fundamentalmente, a aquellas personas que, habiendo recibido algún sacramento de iniciación cristiana, viven actualmente alejadas de la fe y de la vida cristiana. Se trata de reconquistar los corazones de aquellos que ahora ya no se sienten cristianos, pero que en otro tiempo estuvieron integrados, aunque de forma muy básica, en la comunidad de los fieles. Si bien es importante definir lo que es primer anuncio, nueva evangelización y pastoral de los fieles, en la práctica, estas tres tareas deben vivirse en un planteamiento común, sin crear recintos estancos o barreras entre unas atenciones pastorales y otras. Son atenciones específicas integradas en una pastoral común.

En toda la reflexión que estamos haciendo en la Iglesia sobre la Nueva Evangelización, se ha hablado mucho de la necesidad de establecer un "atrio de los gentiles", es decir, de abrir

[1] 1 Corintios 9, 16.

[2] Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 22.

cauces de comunicación entre creyentes y no creyentes, de establecer "espacios neutrales" para tener un diálogo libre y respetuoso sobre la fe cristiana, Dios, la Iglesia… No deben servir para la confrontación ni para el "y tú más", sino para el enriquecimiento mutuo. Cuando somos capaces de establecer este diálogo en estos términos, la Iglesia y la sociedad se benefician mutuamente y, para nosotros, los cristianos, se abre una puerta a través de la cual se crea una situación más favorable para la acción del Espíritu Santo.
Necesitamos establecer dos tipos de atrios de los gentiles: los organizados de forma más institucional por la Iglesia, que pueden ser denominados "atrios culturales", que pueden tener su influencia en el ambiente cultural en el que vivimos cristianos y no cristianos. Pero quizá son más trascendentales los pequeños "atrios cotidianos", los que podamos establecer con nuestros vecinos, amigos, compañeros de trabajo o estudios, padres de los amigos de nuestros hijos, abuelos de los amigos de nuestros nietos… Debemos dar que hablar por nuestra forma de vivir, porque vean cosas en nosotros que se escapa a toda lógica de esta sociedad. Y debemos provocar momentos de encuentro, para dar un paseo, para ir al monte, quedar a comer. Cuando pasamos tiempo de calidad con las personas, siempre acaban saliendo los asuntos de Dios.
De todas formas, son muchas las reflexiones y diálogos que estamos teniendo sobre cuál es la forma adecuada de evangelizar hoy en día. Y seguramente tendremos muchas más en el futuro. Quizás debamos estar siempre en continua reflexión, ya que la sociedad cambia de forma muy rápida y los medios y modos de evangelizar deben estar siempre en permanente estado de renovación. Pero mucho cuidado con quedarnos en hablar y hablar, en escribir y escribir. Sucede a veces que, cuando se le dan muchas vueltas a una idea, nos quedamos satisfechos o agotados con escribir algún documento más o menos brillante sobre dicha cuestión. Por escribir o hablar mucho no hemos resuelto los problemas que tenemos en la tarea evangelizadora. Podemos hablar mucho de nueva evangelización, de primer anuncio o del atrio de los gentiles, pero esto no quiere decir que hayamos hecho algo. Podemos renombrar alguna de nuestras líneas pastorales bajo el título de primer anuncio o de pastoral misionera, pero si no responde a las coordenadas de este tipo de tarea pastoral, el nombre por sí sólo no hace otra que llevarnos al autoengaño y a una satisfacción ficticia.

CONTEXTO SOCIAL

Estamos a caballo entre dos épocas. De la época que termina van desapareciendo sus rasgos y se empiezan a apreciar, en medio de la neblina, las características de la nueva, que nos genera confusión porque no somos capaces de ver la realidad con claridad. Esto no hace más que añadir inseguridad y desconcierto en lo que hacemos.
Nos encontramos ante un contexto socio-cultural complejo, difícil de descifrar y desentrañar. Además es una realidad en un permanente estado de cambio y con un metabolismo muy acelerado. Los cambios se suceden de forma vertiginosa y también de forma imprevisible. La realidad nos sorprende de forma constante.
Una realidad dominada por dos aspectos fundamentales: la prisa y el entretenimiento. Y además este entretenimiento debe ser rápido y muy intenso, porque tenemos prisa para hacer otras cosas. Y de telón de fondo un ruido que lo domina todo, una multitud de mensajes superpuestos. Recibimos al cabo del día una cantidad inasumible de estímulos. Es esta una dinámica cotidiana que dificulta la comunicación entre Dios y el Hombre, que necesita de una intimidad y un silencio exterior e interior que hoy difícilmente se encuentra.

Otro aspecto importante, y que seguro que está relacionado con el ritmo de vida vertiginoso, es la mala prensa que tienen las tradiciones, y la buena prensa de las novedades. En este sentido, las tradiciones han entrado en una dinámica sospechosa, parten inicialmente de una

"presunción de culpabilidad", salvo que demuestren lo contrario. Sin embargo, lo nuevo es acogido siempre con una predisposición favorable. El juicio sumarísimo que se aplica a las tradiciones, se convierte en una aceptación relajada con las novedades. La necesidad de consumir hace que nos sintamos bien cuando somos los primeros en disfrutar de una novedad, independientemente del valor de la novedad en sí. Pues bien, debemos ser conscientes que la fe cristiana y la Iglesia están consideradas por la mayoría de las personas como una tradición.
Vivimos a diario en una sociedad en la que predomina la resignación y el conformismo, contravalores que corroen y ponen a prueba la fe cristiana de forma cotidiana. Esta vida apática nos hace cómodos, sin planes a medio o largo plazo, nos conformamos con ir tirando, con salir del atolladero de cada día, sin un horizonte por el que luchar. La fe cristiana propone un camino plagado de futuro, pleno de esperanza, que está en clara contradicción con la vida cotidiana de la mayoría de las personas.

Uno de los aspectos más determinantes de la sociedad actual en lo referente a nuestra capacidad evangelizadora es la ruptura que se ha producido entre Evangelio y cultura. Esta brecha evidente entre el ambiente cultural en el que creyentes y no creyentes vivimos y la propuesta de vida que propone la Iglesia, no afecta solamente a la capacidad de la Iglesia para anunciar el Evangelio a quienes no lo conocen o hasta ahora no lo han aceptado. Tiene un efecto tremendo sobre los actuales cristianos. Su fe y su cultura son dos piezas que no encajan. Esto genera desasosiego en los cristianos, que tienen que vivir su fe a contracorriente. La pérdida de un clima religioso generalizado deja muy al descubierto a aquellos que no tienen una formación religiosa consistente, que sufren una erosión lenta, pero constante de su fe.
Es verdad que los cristianos debemos vivir con normalidad ciertas diferencias entre el modelo cultural vigente y la propuesta del Evangelio, pero debemos reconocer con sinceridad que la situación actual es más compleja. No debemos situarnos en posiciones de permanente condena, que genera una sensación en los demás de que siempre estamos enfadados o de que el mundo ha sido pensado para el mal. Pero tampoco en un cristianismo claudicante, rebajando el mensaje cristiano para que sea digerible por el mundo actual, al mismo tiempo que somos aceptados y así "aliviamos" nuestra tensión.
La mayoría de las personas prescinden de lo religioso, prescinden de Dios, de la fe y de la Iglesia. Estamos ante una época de fuerte secularización, que va invadiendo de forma integral la vida de las personas, desarrollando una manera de pensar en la que Dios, no es que no sea el motor de sus vidas, sino que Dios no tiene sitio. Los canales habituales de transmisión de la fe cristiana se han roto, ya no tienen la incidencia de hace unos años.
Es un fenómeno especialmente intenso en los países de larga tradición cristiana, expresado de forma impecable por Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Postsinodal Christifideles Laici:

> «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo –si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria– inspiran y sostienen una existencia vivida "como si no hubiera Dios"…»[3]

Este secularismo también ha impregnado el pensar y el vivir de los cristianos. En general se piensa que la fe cristiana no tiene nada interesante que ofrecer a los hombres y mujeres contemporáneos.

[3] Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, 34.

Este ambiente secularizado trae como resultado que, en muchos casos, ya no se den las condiciones necesarias para que el mensaje cristiano sea integrado en la vida de nuestros conciudadanos. La mayor parte de nuestros contemporáneos carecen de la infraestructura espiritual que los haga sensibles a una propuesta como la cristiana. Nos encontramos en demasiadas ocasiones intentando dar respuestas a personas que no se han hecho ninguna pregunta, tratando de dar de beber a quien no tiene sed. Es clave despertar la sed espiritual de las personas. Es un nuevo contexto que requiere nuevas respuestas. De nada sirve lamentarse; una vez está el diagnóstico hecho, debemos emplear todas nuestras energías en buscar nuevas formas y modos de llegar al corazón de las personas.

El relativismo es otro elemento característico de nuestra sociedad. Ya no hay Verdad absoluta. Como no hay Dios, no hay Verdad. Como se dice en el musical de Los Miserables: "todo es relativo en cualquier situación". La única verdad absoluta es que no hay nada que pueda ser considerado como Verdad eterna, porque si cambia la realidad, si cambia la coyuntura, la verdad, entonces, puede cambiar.
Nuestra presencia evangelizadora es percibida por sectores de la sociedad como una invasión. Tenemos mala prensa, y si pasamos a la acción, si hacemos lo que nos corresponde por nuestra identidad cristiana, nuestra prensa es todavía peor. Acarreamos un descrédito general de la Iglesia como institución, que en algunos casos se concreta incluso en un cuestionamiento a cada uno de los cristianos. Se nos pide a veces, de forma explícita, que nos estemos quietecitos y callados.

Pero, ¿por qué el ser humano no necesita aparentemente a Dios? Pues porque vive con la convicción de que es capaz de cualquier cosa. El Hombre ha ocupado el puesto de Dios en nuestra sociedad. Vivimos en una ficción en la que creemos que podemos tener una autonomía plena, dueños absolutos de la vida y de la muerte propia y de los demás, sensación de que todo puede conseguirse por alguno de los medios e instrumentos con los que nos hemos dotado. El individualismo es una expresión concreta del endiosamiento del ser humano, del climax de libertad absoluta en el que se siente inmerso. Tenemos una mayor capacidad de reivindicación de los derechos individuales, de los que puedo disfrutar en solitario, que de los derechos colectivos. Como comunidad humana, estamos desactivados.
Y como se aspira a la máxima libertad, la absoluta independencia o autonomía, Dios es percibido como un competidor, o como un aguafiestas. ¿Cómo puede una persona acoger a Jesucristo y su Evangelio, si esta acogida requiere una docilidad que en muchas ocasiones no ha sido cultivada?
El estilo de vida que se ha extendido de forma predominante por Occidente no favorece que las personas se muestren receptivas a la propuesta de Jesucristo. También perciben que el cristianismo requiere un compromiso serio, sostenido y continuado, y sobre todo llevar una vida de acuerdo a unos valores. Esta propuesta no encaja con un estilo de vida consumista, instalado, en el que la máxima aspiración es disfrutar de la vida mediante una situación económica que nos permita poseer las cosas materiales que deseamos. Se nos ha educado para fundamentar nuestra “felicidad” en un bienestar excesivamente material y consumista. El Hombre vive ahora encadenado por sus deseos de poseer, pero en este caso no es consciente de las cadenas que le retienen. Y claro, la fe cristiana viene y apaga la música de la fiesta, ya que nos habla de compartir, de vivir en comunión, de poner las manos y el corazón en los pobres, en quienes más necesitan de nosotros.

Pero, a pesar de todo, nos seguimos encontrando con personas que manifiestan una necesidad religiosa, personas que están en búsqueda y que necesitan de nosotros para que podamos ofrecerle el agua que calme su sed. Porque las personas siguen necesitando acercarse, conocer y amar a Dios, aunque esta necesidad muchas veces se encuentra aletargada o aturdida. También son muchas las personas que sufren, que viven sin esperanza, que no se sienten

amadas, que transitan por la vida con una honda desazón. Nosotros debemos tener una respuesta a ese sufrimiento, debemos tender una mano, ser cristianos entre los que más nos necesitan. Son personas especialmente sensibles a la llamada del Espíritu Santo y nuestra tarea es proponerles la fe cristiana, no por oportunismo, sino porque no podemos ocultarles lo mejor que tenemos para ellos, que es la fe en Cristo.

A lo largo de la reflexión que se ha iniciado sobre la Nueva Evangelización se han indicado escenarios, algunos novedosos y otros con cambios sustanciales, a los que debemos dedicar una especial atención. Son escenarios en los que la Iglesia debe hacerse presente, sobre todo, a través de los laicos, para anunciar la capacidad salvadora de Jesucristo Resucitado. Estos son los escenarios presentados:

Escenario económico

Es sin ningún género de duda uno de los escenarios prioritarios. La crisis económica pone más de manifiesto el gran problema de fondo que es el reparto justo de los bienes, con el objetivo de que todos tengamos lo suficiente para vivir con dignidad. El documento Instrumentum Laboris del Sínodo de los Obispos sobre "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana" lo expresa de la siguiente manera:

> "Se han puesto en evidencia las tensiones y las formas de violencia concomitantes, como consecuencia de las desigualdades económicas provocadas dentro de las naciones y también entre ellas. Hay un claro y decidido aumento de la disparidad entre ricos y pobres. Los crecientes desequilibrios entre Norte y Sur del mundo, en el acceso y la distribución de los recursos, así como en el daño de la creación. La continua crisis económica en la que nos encontramos indica el problema del uso de los recursos, tanto de aquellos naturales como de los recursos humanos."[4]

Escenario político

Muy unido al escenario económico se encuentra el escenario político. Es urgente una presencia evangelizadora de los cristianos en las pequeñas, medianas y grandes decisiones políticas que influyen decisivamente en la vida cotidiana de las personas.

Hay cuestiones que, como creyentes, tenemos la obligación de poner sobre la mesa como elementos irrenunciables: el empeño por la paz y la libertad de las personas y de los pueblos, la defensa y promoción de los derechos humanos, la promoción de los más pobres, la prioridad de la vida humana, la relación equilibrada entre el hombre y la Creación…

Es necesario reconocer que no es una tarea fácil, que requiere una reflexión intensa, profunda y comunitaria, pero los cristianos debemos ir dando pasos en el discernimiento y en la presencia concreta de los cristianos en el escenario político.

Escenario científico-tecnológico

En primer lugar debemos poner en valor los numerosos avances científicos y tecnológicos que traen como consecuencia una mayor calidad de vida de muchas personas. Es cierto que estos avances a veces no llegan a los más débiles, o llegan mucho más tarde que al resto de la humanidad, pero sin duda alguna que en su conjunto estamos ante un gran avance, ante algo que nos hace mejores.

Debemos tener cuidado, sin embargo, con no convertir este escenario en un "nuevo Dios", en un todopoderoso al que le puedo pedir aquello que necesito. Fruto de esta concepción instrumental de la ciencia, es necesario que los valores evangélicos estén presentes en el

[4] Instrumentum Laboris, Sínodo de los Obispos "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana", 56.

mundo de la ciencia, porque no todo lo posible, todo lo que puede hacerse es lícito y bueno a los ojos de Dios.

Escenario comunicativo

Fruto de la globalización, las distancias han desaparecido. Podemos comunicarnos, incluso físicamente, de forma cada vez más rápida. Los medios de comunicación social nos ofrecen unas posibilidades de saber lo que ocurre en el mundo y de poder contar lo que queremos a muchas personas que están en lugares separados por miles de kilómetros.

Las nuevas tecnologías no han hecho sino aumentar estas tremendas posibilidades comunicativas. Se convierten en una poderosa herramienta para llegar a muchas personas que, si es utilizado de forma adecuada, puede ser un buen complemento para nuestra tarea apostólica.

Se han convertido, además, en un instrumento de poderosa influencia en la sociedad y la cultura de hoy. Las nuevas tecnologías han modificado nuestros hábitos, nuestras formas de comunicarnos, nuestras relaciones personales. Ahora bien, es necesario que todas estas potencialidades tecnológicas tengan el protagonismo necesario, y no más. El uso inadecuado de estos medios nos lleva al individualismo, a la reducción de las relaciones humanas al espacio virtual, dejando al margen las experiencias humanas.

En el terreno pastoral este riesgo también existe. Las nuevas tecnologías no pueden sustituir a la experiencia evangelizadora cara a cara, en vivo, en el que todos nos podemos mirar a los ojos y percibir la multitud de matices que hay en la vida real. Ninguna cuenta de Twitter o de Facebook puede sustituir a la presencia genuina y real de los apóstoles en los contextos en los que es necesario anunciar la palabra de Dios.

Por último hay un elemento muy relacionado con el escenario comunicativo que en muchas ocasiones dificultan enormemente nuestra tarea evangelizadora. Nos referimos a la dificultad que existe para que nuestro mensaje sea comprendido por la mayoría de la sociedad actual. Ciertamente que no todo se debe a nuestra falta de creatividad o de capacidad para saber traducir el mensaje cristiano a los hombres y mujeres del mundo actual, pero no podemos vivir pensando que el lenguaje empleado para comunicar la fe es comprendido como en épocas recientes. Y debemos aceptar que, aunque repitamos muchas veces algo que resulta incomprensible, no estamos solucionando una dificultad que sufrimos los cristianos, que somos los que estamos empeñados en que seamos comprensibles. ¿Cómo van a necesitar escucharnos aquellos que nos ven ininteligibles en nuestro mensaje?

Pero no todo son dificultades. Somos conscientes de que no lo tenemos fácil, aunque ni somos los primeros en la historia de la Iglesia que nos encontramos con nuevos retos para evangelizar, ni estamos en la peor coyuntura posible. Hay aspectos positivos, valores existentes en la sociedad actual sobre los que debemos apoyarnos para que nuestra misión evangelizadora dé fruto abundante. Estos son algunos de los valores positivos de esta sociedad postmoderna:

- El valor de vivir en el presente (“No andéis preocupados por el mañana…Cada día tiene sus fatigas” (Mt 6, 25-34))
- Los valores del placer y la alegría (“He venido para que vuestra alegría sea completa…” (Jn 13, 21))
- El valor de lo afectivo (“Ya no os llamo siervos sino amigos…” (Jn 15, 13-15))
- El valor de la fiestas y comidas compartidas con “malas compañías” (“Este hombre es comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores…” (Lc 7, 34))
- El valor de la naturaleza y la belleza (“Mirad los lirios del campo…” (Mt 6-24-34))
- El valor de la tolerancia y el antidogmatismo (“No se lo prohibáis, quien no está contra nosotros está con nosotros…” (Mc 9, 38-43))

- El valor de los nuevos lenguajes y medios de comunicación ("Les hablaba en parábolas…" (Mt 13, 10-13))
- El valor de lo pequeño y humilde "Esa pobre viuda dio de lo que necesitaba para vivir…" (Mc 12, 41))
- El valor de la participación de todos ("Jesús llamó a los Doce y los envió de dos en dos…" (Mc 6, 7-13))
- El valor de la propia experiencia personal ("Venid y veréis…" (Jn 1, 38-39), "Os contamos lo que hemos visto y oído" (1ª Jn 1, 3))
- El valor de la no discriminación ("Ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer (Gal 3, 28))
- El valor del pequeño grupo y la comunidad ("Que sean uno como tú y yo somos uno..." (Jn 17, 21))
- El valor de la solidaridad y el voluntariado ("Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó… (Lc 10, 25-37))[5]

CONTEXTO ECLESIAL

Antes de comenzar a desarrollar un análisis sobre la situación general de la Iglesia ante la tarea evangelizadora que debe llevar a cabo, vamos a explorar cómo nos ven los demás, las personas que no son creyentes y que observan y escuchan lo que hacemos y decimos.
La imagen mayoritaria que se tiene de nosotros es negativa, tanto de lo que somos como de lo que hacemos. Nuestra actividad se mira con sospecha y muchas veces se piensa que "no puede ser que hagamos las cosas sin ningún interés personal". Hay muchos interrogantes sobre nosotros, que se dirigen tanto a lo que hacemos como a lo que creemos.
En la vertiente más institucional de la Iglesia, el descrédito es aún mayor. La sociedad actual rechaza de forma general aquello que suene a institucional pero, cuando la institución además es la Iglesia, el rechazo se redobla. Este, en ocasiones, se centra en la jerarquía de la Iglesia, ante manifestaciones o posicionamientos oficiales sobre diversos temas. A este descrédito como institución colabora, de manera importante, algunos medios de comunicación, cuando presentan una imagen caricaturizada y despectiva de la Iglesia.
Y ante esta situación, ¿qué podemos hacer? Pues en primer lugar hacer un discernimiento serio sobre estas críticas que se lanzan con mejor o peor intención sobre la Iglesia, que de todo hay. No debemos negar nada que sea cierto, y no debemos permanecer en silencio ante las críticas que se dirigen de forma injusta a la Iglesia. Tenemos también que aclarar muchas cosas que habitualmente se mueven en el mundo de los tópicos o los prejuicios. Es necesario que contemos de forma natural lo que hacemos, sin complejos, evitando actitudes agresivas o defensivas. Y también debemos reconocer que hay cosas que tenemos que cambiar, aspectos en los que avanzar y actitudes e instrumentos que hay que dejar en el camino.
En la actualidad no estamos sabiendo dar una respuesta adecuada ante el descrédito con el que tenemos que convivir. Este descrédito no sólo debilita nuestra actividad apostólica, sino que nos debilita a cada uno de nosotros. Aparecen actitudes de replegamiento, de acomplejamiento, o de reacción desproporcionada ante cualquier cosa que se nos pueda decir o sugerir. Uno de los grandes retos de la Iglesia hoy en día es comunicar lo que somos, lo que hacemos, evitando que el receptor nos termine encasillando en una Iglesia que pertenece al pasado.
Esta situación, añadida a la debilidad propia de la Iglesia por la disminución de sus agentes pastorales, trae como consecuencia que las instituciones eclesiales se encuentran alejadas de la vida cotidiana de las personas. Asociaciones, movimientos o delegaciones diocesanas están

[5] Pedro Gómez Serrano, "Capacitar para la fe".

a veces más preocupadas de sus "asuntos internos" que de establecer líneas de comunicación con las personas que necesitan oír hablar de Dios. Esta preocupación por los asuntos propios desemboca en un proteccionismo de la propia institución, justificando su existencia y continuidad a pesar de que la eficacia evangelizadora hace tiempo que es más bien un recuerdo de un pasado glorioso. En otras ocasiones dicho proteccionismo se traduce en una posición "sin fisuras", o dicho de otra manera, "como ya nos critican bastante los que no son de la Iglesia, no vamos a ser nosotros quienes ejerzamos la autocrítica que nos pueda debilitar aún más". Así, el alejamiento entre Iglesia y mundo no hace otra cosa que aumentar, alimentando las razones de los que nos ven "fuera del mundo" y al margen de lo real.

Esta situación en la que nos encontramos en la Iglesia requiere un cambio, una renovación personal y comunitaria de nuestro entusiasmo y de nuestra capacidad misionera. En una sociedad tan plural como la actual, necesitamos una pastoral capaz de estar más cerca de las diferentes situaciones en las que se encuentran las personas. En los Lineamenta del Sínodo de los Obispos sobre "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana" se expresa de la siguiente manera:

> "Es necesario que la práctica cristiana oriente la reflexión hacia un lento trabajo de construcción de un nuevo modelo de ser Iglesia, que evite las asperezas del sectarismo y de la "religión civil", y permita, en un contexto postideológico como el actual, seguir manteniendo la forma de una Iglesia misionera. En otras palabras, la Iglesia tiene necesidad, dentro de la variedad de sus figuras, de no perder el rostro de Iglesia "doméstica, particular". Aún en contextos minoritarios o de discriminación la Iglesia no puede perder su capacidad de permanecer junto a la persona en su vida cotidiana."[6]

> "Es tiempo de que la Iglesia llame a las propias comunidades cristianas a una conversión pastoral, en sentido misionero, de sus acciones y de sus estructuras."[7]

Este cambio debe producirse en medio de un ambiente predominante de pesimismo, de debilidad, de falta de entusiasmo y de pérdida de esperanza por parte de los cristianos. No busquemos el problema en los demás, porque el problema está básicamente en nosotros mismos. Se constata un menor pulso vital de nuestras parroquias, comunidades y diócesis, una disminución y reducción de la práctica religiosa, y sobre todo un menor celo apostólico. En general no tenemos las ganas suficientes para transmitir la fe cristiana. No vivimos con preocupación que muchas personas no sean creyentes. Esta falta de intensidad hace que se impregne en nosotros un estilo vago y de escaso compromiso. Nos conformamos con mantener lo que tenemos, quedando adormecida nuestra dimensión misionera. Resuena con fuerza el mensaje lanzado por Pablo VI: "¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza –lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio–, o por ideas falsas omitimos anunciarlo?".[8]

Y es que no son pocos los cristianos que han perdido el ímpetu inicial y, sin haber abandonado de forma explícita a Jesucristo, viven la fe de forma muy tibia, en lugares intermedios. No se sabe si pertenecen o no a la Iglesia, la duda es su principal característica. Tienen más claro lo que no quieren, que lo que quieren de la fe cristiana y de la Iglesia Católica.
Otros cristianos se han alejado de forma consciente de la Iglesia y viven como si Dios no existiese. No sólo se ha entumecido su vida religiosa, sino que se reconocen como no

[6] Lineamenta "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana", nº 9.
[7] Lineamenta "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana", nº 10.
[8] Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 80.

creyentes. Su vida ya no es muy diferente de las personas que no conocen la fe cristiana. Son personas que perciben el mensaje de Jesucristo como algo extraño.
Todos ellos, en diferente medida y de diferente manera, necesitan de una tarea evangelizadora que despierte, reanime o inicie la fe cristiana.

Uno de los factores más influyentes en el repliegue de la fe cristiana de mucho de estos cristianos se debe al fuerte secularismo que se vive en la sociedad actual. La indiferencia religiosa ha minado la fe de los cristianos, no se ha quedado solamente en hacer más complicada la llegada del Espíritu Santo al corazón de los que no lo son. Muchos cristianos tienen en su modo de vida rasgos de un modo de vivir secularizado, de una vida en la que Dios no encuentra el sitio que le corresponde. Humanamente es muy comprensible, ya que los cristianos deben vivir su fe de forma cotidiana a contracorriente. Seguir a Jesucristo resulta hoy difícil. En el menos malo de los casos, el contexto en el que vivimos los cristianos no sostiene, alimenta y hace razonable la opción cristiana. En el peor de los casos, nuestra fe es discutida y violentada. Cuando le proponemos a una persona ser cristiana, le estamos invitando a acoger en su vida un camino minoritario, a "ser distinto", aunque no lo pretenda. Ya no podemos presuponer que las personas valoran la fe cristiana como una propuesta buena en sí, beneficiosa para el Hombre de hoy.

El secularismo es una de las causas, aunque no la única, de la fractura evidente entre el Evangelio y la vida de un importante número de cristianos. Fractura que se percibe en aspectos de la vida cotidiana como la familia, el trabajo, el barrio o pueblo... La unidad de vida de los cristianos es un asunto realmente grave. Es en muchas ocasiones la tarjeta de visita de la fe cristiana, la primera impresión que las personas reciben de lo que es la fe, de lo que la fe consigue en las personas. Si nuestra vida no es coherente con lo que anunciamos, nuestro mensaje suena a hueco, resulta grotesco. De tener una capacidad evangelizadora impresionante, pasa a ser una caricatura de lo que debiera ser. Si los evangelizadores no se convierten, la evangelización se convierte en una misión casi imposible. Pablo VI, en su Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi lo expresa de la siguiente manera:

> "El Hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan –decíamos recientemente a un grupo de seglares–, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio. [...] Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo."[9]

Esta disfunción entre la vida y la fe de los propios cristianos se percibe también cuando el mensaje cristiano se reduce a aquello que sabemos que no va a crear un roce con el contexto cultural actual. Algunos cristianos omiten elementos fundamentales de la fe para no entrar en desacuerdo con los no creyentes. Aunque aparentemente pueda parecer que se establece una relación más cordial, en realidad estamos ante una renuncia por parte de los cristianos de su libertad de anunciar el mensaje íntegro de Jesucristo. Se produce una “autocensura”, realizándose entonces una propuesta de la fe sesgada y parcial. Debemos ser capaces de adecuar el mensaje, buscando medios y formas nuevas de comunicación, pero esto no puede ser a costa de reducir o disfrazar el Evangelio.
No debemos aceptar el "pacto social" que nos propone inhibirnos en el anuncio de Jesucristo a los demás, ni ser condescendientes pensando que si proponemos de forma explícita la fe, estamos poniendo a la gente "entre la espada y la pared", limitando su libertad. Si somos conscientes de ser los portadores del mejor tesoro que se les puede dar a las personas, ¿cómo podemos quedarnos en exponer lo que somos, en que vean cómo somos, para que cada uno actúe en conciencia? ¿Cómo van a descubrir los demás que hacemos las cosas por amor a

[9] Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 41.

Dios? ¿Cómo van a encontrar nuestras verdaderas razones si nosotros no se las exponemos de forma diáfana y explícita?
Tampoco nos podemos contentar con que las personas sean más buenas, compartiendo con nosotros valores de indudable inspiración cristiana como la paz, la libertad o la justicia. No podemos conformarnos con que sean buenas personas, aunque no sean cristianas. Si no nos duele que las personas no sean seguidoras del Evangelio de Jesucristo, si no padecemos por la ausencia de Dios en la vida de la gente, ¿cómo podremos evangelizar? ¿Qué poderosas razones nos pueden mover a arriesgarnos por celo apostólico?

De especial preocupación para todos los cristianos deben ser los sectores de la Iglesia que pretenden evangelizar al margen del resto. De hecho suelen referirse a la Iglesia como la Iglesia "oficial" o la "jerarquía", y del mismo modo suelen autodefinirse como la "Iglesia alternativa", la "otra Iglesia" o la "Iglesia auténtica o real". Suelen congregar a un pequeño grupo de seguidores, muy cohesionados, pero minoritario, que se convierten más en seguidores de personas concretas "que merecen la pena", que del único y común Evangelio de Jesucristo.
Pues bien, esto no hace otra cosa que perjudicar la tarea evangelizadora de toda la Iglesia, incluida la suya propia. La misión de la Iglesia debe estar impregnada hasta el tuétano de verdadera comunión; pero actitudes como esta no hacen otra cosa que hacerla más difícil de vivirse y contagiarla a los demás.
También nos encontramos con cristianos que utilizan el Evangelio como arma arrojadiza. La fe se propone, de forma explícita, pero se propone. Es el Espíritu Santo el protagonista de la evangelización. Nuestra tarea es acondicionar su llegada para que sea lo más fértil posible. La propuesta de la fe tiene que ser percibida como una caricia, no como una bofetada. En ambos casos la diferencia está en la velocidad de la mano, no en la mano en sí, que es la misma.

Otro aspecto importantísimo y vital es el descenso general de las vocaciones. Asistimos a un descrédito de la vocación como un valor, ya no sólo religioso, sino social. Hacer algo por vocación es algo extraño, anacrónico, romántico. Las vocaciones laicales son menores, así como las vocaciones a la vida religiosa. Mención especial merece la disminución de las vocaciones al presbiterado. Es un verdadero cuello de botella que nos preocupa a todos y que aumenta la presión sobre los actuales sacerdotes, tanto en la tarea que desempeñan como en la responsabilidad futura del ministerio ordenado del que son muy conscientes.

Es también motivo de preocupación el gran contraste entre la urgencia de un primer anuncio de los cristianos en la vida cotidiana y la escasez de experiencias reales de este primer anuncio que se percibe muy necesario en la actividad pastoral de las parroquias y diócesis. El papel de los laicos es insustituible en la tarea evangelizadora de la Iglesia y, en concreto, en este primer anuncio. Los laicos pueden llegar donde las estructuras eclesiales no pueden. Hay una enorme necesidad de que los laicos sean testimonio y altavoz del Evangelio de Jesucristo en la vida del barrio o pueblo, en el trabajo, en el instituto o la universidad, en el mundo de la cultura, en la familia...

Quizá muchas de las dificultades, lagunas o problemas de calado que vive la Iglesia hoy en día tienen en gran parte un mismo origen. En la Iglesia estamos viviendo como una gran dificultad el problema de la falta de comunión entre nosotros, los cristianos. Hay que reconocer que no es un problema reciente. De hecho, en los primeros pasos de la Iglesia ya aparecen los problemas derivados de la falta de unidad de los cristianos. Pero si bien no es algo nuevo, en el contexto actual de secularización, de aridez en la tarea evangelizadora, la falta de comunión en la Iglesia nos hace un tremendo daño.
Es habitual confundir la unidad con la homogeneidad, pensando que por crecer en comunión vamos a ser uniformes, clones unos de otros. Se habla muchas veces de la diversidad y de la

pluralidad, como capa que encubre en realidad una disparidad y dispersión preocupante. Todos hablamos de comunión como un valor eclesial irrenunciable, pero cuando la comunión se concreta en el terreno de lo cotidiano, suelen surgir los miedos a lo desconocido, a perder la identidad, a complicarme la vida por tener que entenderse con otros. La falta de comunión nos afecta a todos: laicos, personas de vida consagrada, sacerdotes, obispos, parroquias, diócesis, conferencias episcopales…

Cuestionario - contexto social y eclesial

1.- ¿Qué valoración general haces de lo que has leído?

2.- ¿Qué aspectos de la Sociedad y de la Iglesia te parecen más relevantes en relación con la tarea evangelizadora de la Iglesia? ¿Qué aspectos añadirías o matizarías?

3.- ¿Qué cuestiones de las que se han expuesto vives de forma más cotidiana en tu vida, tanto en la Sociedad como en la Iglesia?

4.- De todo lo reflejado hasta este momento en este material, señala dos aspectos del contexto social y dos aspectos del contexto eclesial que consideres más trascendentales de cara a la misión de anunciar a Jesucristo a los demás.

La Acción Católica General, realidad parroquial

1. Introducción

Antes de preguntarnos cómo concretar nuestra presencia en la parroquia como ámbito natural donde realiza su misión la Acción Católica General, debemos recordar qué es la parroquia.

Es una comunidad de fieles en la Iglesia particular, de la que es "como una célula"[10], a la que pertenecen los bautizados en la Iglesia católica que viven en un determinado territorio, sin exclusión de nadie, sin posibilidad de elitismo. En ella se viven relaciones de proximidad, con vínculos concretos de conocimiento y amor, y se accede a los dones sacramentales, cuyo centro es la Eucaristía; pero también se hace cargo de los habitantes de todo el territorio, sintiéndose enviada a todos. Se puede decididamente hablar de comunidad «católica», según la etimología de esta palabra: «de todos». Por tanto, la parroquia convoca y congrega a todos los bautizados de su demarcación y es enviada a todos los ciudadanos que viven en ella.

La parroquia como “fuente de la aldea”, llamada así por el papa Beato Juan XXIII, nos recuerda que tiene capacidad para convertir el área humana en el que está inserta en espacio agradable y fecundo, favoreciendo el máximo de apertura y disponibilidad para quien quiera recorrer sus caminos, aunque sea de paso y por períodos breves. Para la presencia evangelizadora de la Iglesia, tanto en la cultura rural como en la urbana, tiene especial importancia, pues toca aspectos muy profundos de la cultura y de la sociedad que afectan a lo más hondo de la vida de las personas. En nuestra vida social, en la que la soledad y la incomunicación constituyen a la vez un drama y una tentación, la parroquia puede promover el respeto mutuo, la acogida, la comunicación que expresa la comunión en la fe, en la esperanza y en el amor. Es polo de acción misionera y caritativa. Tiene un fuerte valor simbólico y es una de las manifestaciones más importantes del rostro de la Iglesia.

Recordemos, en este sentido, las palabras del Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica, “Christifideles laici”, referidas a la parroquia:

a) “La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas.

b) Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el “misterio” mismo de la Iglesia presente y operante en ella... la parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es “la familia de Dios como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad”, es “una casa de familia fraterna y acogedora”, es la “comunidad de los fieles”. En definitiva, la parroquia está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentra la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Tal idoneidad radica en el hecho de ser la parroquia una comunidad de fe y una comunidad orgánica, es decir, constituida por los ministros ordenados y por los demás cristianos, en la que el párroco -que representa al Obispo diocesano- es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular.

c) Ciertamente es inmensa la tarea que ha de realizar la Iglesia en nuestros días; y para llevarla a cabo no basta la parroquia sola… En efecto, son necesarios muchos lugares y formas de

[10] AA 10.

presencia y de acción para poder llevar la palabra y la gracia del evangelio a las múltiples y variadas condiciones de vida de los hombres de hoy. Igualmente, otras muchas funciones de irradiación religiosa y de apostolado de ambiente en el campo cultural, social, educativo, profesional, etc. no pueden tener como centro o punto de partida la parroquia. Y sin embargo, también en nuestros días la parroquia está conociendo una época nueva y prometedora… La antigua y venerada estructura de la parroquia tiene una misión indispensable y de gran actualidad; a ella corresponde crear la primera comunidad del pueblo cristiano; iniciar y congregar al pueblo en la normal expresión de la vida litúrgica; conservar y reavivar la fe en la gente de hoy; suministrarle la doctrina salvadora de Cristo; practicar en el sentimiento y en las obras la caridad sencilla de la obras buenas y fraternas".[11]

d) "Los fieles laicos deben estar cada vez más convencidos del particular significado que asume el compromiso apostólico en su parroquia. Es de nuevo el Concilio quien lo pone de relieve autorizadamente: "La parroquia ofrece un ejemplo luminoso de apostolado comunitario, fundiendo en la unidad todas las diferencias humanas que allí se dan e insertándolas en la universalidad de la Iglesia. Los laicos han de habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con su sacerdotes, a exponer a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo y las cuestiones que se refieren a la salvación de los hombres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos; a dar, según sus propias posibilidades, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia familia eclesiástica.

e) "En las circunstancias actuales, los fieles laicos pueden y deben prestar una gran ayuda al crecimiento de una auténtica comunión eclesial en sus respectivas parroquias y en dar vida al afán misionero dirigido a los no creyentes y hacia los mismos creyentes que han abandonado o limitado la práctica de la vida cristiana. Si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas. A menudo el contexto social, sobre todo en ciertos países y ambientes, está sacudido violentamente por fuerzas de disgregación y deshumanización. El hombre se encuentra perdido y desorientado; pero en su corazón permanece siempre el deseo de poder experimentar y cultivar unas relaciones más fraternas y humanas. La respuesta a este deseo puede encontrarse en la parroquia, cuando ésta, con la participación viva de los fieles laicos, permanece fiel a su originaria vocación y misión: ser en el mundo el "lugar" de la comunión de los creyentes y, a la vez, "signo e instrumento" de la común vocación a la comunión; en una palabra ser la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, ser la fuente de la aldea a la que todos acuden para calmar la sed".[12]

2. La parroquia concreción y articulación de la diócesis

La parroquia no se cualifica por sí misma, sino en referencia a la Iglesia particular de la que constituye una articulación. Desde el punto de vista eclesial la parroquia es posterior a la diócesis. La misión y la evangelización se refieren ante todo a la Iglesia particular en su globalidad. En la diócesis, en comunión con la Iglesia universal, es dónde propiamente se realiza la Iglesia una, santa, católica y apostólica. En la diócesis, sobre el fundamento de la sucesión apostólica, es donde tenemos la certeza de que la fe transmitida es la misma fe de los apóstoles. En la diócesis, en la comunión de sus miembros bajo la guía del obispo, es donde recibimos el mandato de anunciar el Evangelio. La diócesis es la Iglesia, la parroquia es concreción y articulación de la diócesis. A través de la parroquia es como la diócesis expresa la propia dimensión local.

[11] ChL 26.
[12] ChL 27.

La parroquia se define precisamente como "la Iglesia misma que vive en medio de las casas de sus hijos e hijas"[13]. Desde el punto de vista histórico, la Iglesia se edificó en sus inicios en torno a la cátedra del obispo. Con el expandirse de las comunidades se multiplicaron las diócesis. Cuando luego el cristianismo se difundió en las aldeas de los campos, aquellas porciones del pueblo de Dios fueron confiadas a los presbíteros. La Iglesia pudo así ser cercana a las moradas de la gente, sin que se viera afectada la unidad de la diócesis alrededor del obispo y al único presbiterio con él. La parroquia es una elección histórica de la Iglesia, una elección pastoral, pero no es una pura circunscripción administrativa, una distribución meramente funcional de la diócesis. La parroquia es la forma histórica privilegiada de la localización de la Iglesia particular. Con otras formas de vida eclesial la Iglesia satisface muchas exigencias del testimonio y de la evangelización: con la vida consagrada, con las asociaciones y movimientos, con las instituciones caritativas, con los colegios, etc. Pero es la parroquia la llamada a hacer visible a la Iglesia como signo eficaz del anuncio del Evangelio para la vida del hombre en su cotidianidad y como signo de los frutos de comunión de bienes, de vida y de actividad que brotan de ella para toda la sociedad. Juan Pablo II escribe: la parroquia es "el núcleo fundamental en la vida cotidiana de la diócesis".[14]

Pero la parroquia de hecho no es nunca una realidad para sí, y es imposible pensarla si no es en la comunión de la Iglesia particular. De aquí se extrae una línea para su renovación misionera: valorar los lazos que expresan la referencia al obispo y la pertenencia a la diócesis. Lo que está en juego es la inserción de cada parroquia en la pastoral diocesana, la superación de la autarquía parroquial.

En este sentido, es imprescindible acrecentar la conciencia que los párrocos y todos los sacerdotes deben tener de formar parte del único presbiterio de la diócesis. Cada sacerdote debe sentirse responsable con el obispo de toda la Iglesia particular, rehuyendo la búsqueda de autonomía de su parroquia y de protagonismos falsos. Esta misma perspectiva de efectiva comunión se pide a religiosos y religiosas, y a los laicos pertenecientes a distintas asociaciones, movimientos, y por su propia razón de ser, a la Acción Católica.

En concreto, la Acción Católica General está llamada a dar consistencia y coherencia a la relación diócesis-parroquia. Debe ayudar a conectar unas parroquias con otras, evitar que una parroquia se aísle en sí misma y que las acciones pastorales se personalicen o dependan en demasía de los párrocos. Se necesita un laicado maduro que dé continuidad en el tiempo a las líneas pastorales marcadas por la diócesis. Para ello, la ACG debe asumir los planes diocesanos como sus directrices principales y ha de ser representativa en la diócesis, teniendo presencia en la mayoría de las parroquias.

3. La parroquia, casa abierta para todos

Una de las mayores riquezas de las parroquias es que dan cabida a toda persona que busque acercarse a Cristo. La Conferencia Episcopal Española, en su Plan Pastoral 2002-2005, se refiere a la parroquia de la siguiente forma:

"Entre las comunidades de fieles destacan las Parroquias, porque en cierto modo representan a la Iglesia visible establecida por todo el mundo y ofrecen un modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en la unidad todas las diversidades humanas que en ellas se encuentran. La Parroquia es un lugar privilegiado de transmisión y celebración de la fe y de

[13] ChL 26.
[14] Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Pastores Gregis*, n. 45.

experiencia de comunión. Ella constituye el entramado básico de la vida de cada Iglesia, donde los fieles pueden encontrar cauces naturales de participación eclesial. Esta institución, nacida en los primeros tiempos de la Iglesia, está llamada a continuar ejerciendo su influjo benéfico en este nuevo siglo, como comunidad de comunidades y casa abierta para todos inserta 'junto a las casas' de los vecinos y con espíritu misionero. En esta línea se orienta la renovación que se está poniendo en marcha en los Planes de Pastoral y Sínodos diocesanos, atentos a las nuevas situaciones de movilidad social, concentración urbana y despoblación rural".[15]

Inscrita en una porción de la sociedad, es figura privilegiada de la cercanía de la diócesis y de la Iglesia a los creyentes e increyentes de esta porción. Esta misma cercanía la hace muy apta para acoger cordialmente y favorecer, sin excluir a nadie, relaciones de familiaridad y proximidad entre sus miembros, al menos entre los más vinculados. Tiene las antenas levantadas para registrar lo que sucede en su entorno, para detectar las necesidades y sufrimientos de la gente y para establecer diálogo y colaboración con grupos e iniciativas cívicas próximas a ella. Si antes el territorio vivía a la sombra del campanario, hoy la parroquia se siente urgida a situarse en los diversos «territorios» de la vida de las personas. Si no existieran las parroquias y centros eclesiales análogos, la diócesis, su vida religiosa, sería inmensamente más pobre.

Aunque en menor número que en décadas anteriores, aún se acercan muchas personas a la parroquia a solicitar algún servicio. Es muy importante que se cuide ese primer momento de encuentro, la acogida. Especialmente cuando esa persona que acude es alguien que no suele frecuentar la vida parroquial por diferentes motivos, y ahora viene porque desea casarse por la Iglesia, bautizar un hijo o pedir que se celebre la misa por algún familiar que ha fallecido. Son personas que no están familiarizadas con la vida parroquial, que tal vez acuden cargadas de prejuicios y por eso cuando ven que se las recibe con respeto y con afecto cordial, como a alguien que es de casa, se sienten predispuestas a descubrir la presencia de Jesús de Nazaret en esa comunidad que es también algo suyo: su familia en la fe.

Sin embargo, la acogida tiene un alcance más profundo que su dimensión pastoral, aunque ésta no sea desdeñable. Es la manera sencilla y natural de vivir el amor fraterno que debe caracterizamos a los discípulos de Jesús. Personas que viven circunstancias de pobreza o marginación acuden a las parroquias en busca de luz para salir de su situación. En nuestro mundo de las prisas, del pragmatismo y del individualismo, las personas que sufren de soledad son muy numerosas. Y cada día crece el número de quien busca alguien a quien poder manifestar sus problemas y sus sentimientos más profundos. No pretenden que se les dé una ayuda material que muchas no necesitan, ni una solución a sus problemas que saben que les corresponde a ellas. Buscan que alguien las escuche, les haga de espejo en el que poder encontrarse consigo mismas y les ofrezca un signo de humanidad. Pues, con frecuencia, sólo necesitan esta escucha, aunque luego no suelen desdeñar la ayuda necesaria para discernir la voluntad de Dios y para encontrar alguna luz. La experiencia nos enseña que la parroquia puede ser el último recurso para quien ha intentado casi todo y se encuentra perdido. Unas veces, son problemas conyugales; otras muchas, problemas referentes a los hijos; y siempre, algo que afecta a la persona en los más profundo de su ser. El hecho no siempre fácil de acogerla y escucharla con paciencia y con afecto, puede convertirse en la parte más importante de esa respuesta que busca.

Y no conviene olvidar que se está produciendo un fenómeno nuevo, aunque todavía minoritario: el retorno a la fe de personas que se alejaron un día por motivos diferentes. No es raro que, con ocasión de la primera comunión de los hijos, haya padres que regresan al hogar

[15] Plan Pastoral de la CEE 2002-2005 n. 48.

de la Iglesia con nuevas energías. Otras veces, los que acuden son personas que se habían apartado de la comunidad por causa de un divorcio. Y en ocasiones, son jóvenes no bautizados, adolescentes en la mayoría de los casos, que acuden solicitando ese bautismo que no pidieron sus padres para ellos. Son ocasiones importantes en las que la parroquia está llamada a reflejar con más hondura si cabe el rostro de Jesucristo, buen Pastor. Y el rostro de Dios Padre que sale cada tarde a otear el horizonte, porque espera el regreso de su hijo (Lc 15, 11-32).

Parece especialmente necesario crear equipos de acogida donde no los haya y revitalizarlos donde ya existan. Nuestra situación pastoral requiere un esfuerzo renovado de acogida que permita conectar lo más profundamente con las personas que se acercan a nosotros. Esta necesidad no puede ser cubierta sólo desde la iniciativa y acción individual sino que es necesario garantizarla organizándola de manera comunitaria.

Además de poder ayudar en esta tarea parroquial, la ACG tiene que mostrarse, de manera palpable, abierta y acogedora. No puede verse como algo cerrado en sí mismo. Si se pretende que canalice el laicado de las parroquias debe ser plural, dando cabida a todo tipo de personas; flexible, de manera que los grupos de vida puedan acoger a nuevos miembros que llamen a sus puertas, incluso aunque no se vinculen a la organización de la ACG. La posibilidad de ayudar a que adultos, jóvenes o niños profundicen en la vivencia de la fe con todas sus implicaciones debe primar por encima de que la ACG tenga más miembros o no. Ahora bien, siempre hay que cuidar que los procesos de maduración en la fe sean compatibles.

Con el riesgo que conlleva toda generalización, a menudo no se cuida la afectividad, lo festivo o lo alegre dentro de la AC, sobre todo de puertas hacia afuera. Bastantes personas asocian la AC con reuniones, asambleas, actividades bien preparadas y organizadas, pero algo frías. Otro tipo de asociaciones o movimientos se muestran más familiares y cálidos en un primer contacto. Por las personas que conviven habitualmente en la parroquia, por aquellas que se pueden acercar a la misma, por cuidar la interacción entre niños, jóvenes y adultos de la ACG, amigos, familiares… es preciso potenciar este tipo de actitudes.

4. La parroquia casa y escuela de comunión

Nos decía el recordado papa Juan Pablo II: "Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo".

Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *"promover una espiritualidad de la comunión"*, que supone estos cuatro aspectos:

- "Significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado".

- "Significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad".

- "Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente".

- "En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Gal 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias".

Y termina el papa Juan Pablo II este denso y sugerente texto de su carta apostólica afirmando: "No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento".[16]

Estas bellas indicaciones vienen a explicitar mejor algo que está en la misma entraña de la parroquia y de la diócesis, y que es necesario impulsar sin titubeos ya que no se trata sólo de la conjunción de esfuerzos, sino también, y principalmente, del testimonio cristiano de comunión en la fe, la esperanza y la caridad, en las que se sustenta la evangelización.

Es otra misión de la parroquia: ayudar a los bautizados a comprender que el Señor quiso "salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera". Este pueblo es la Iglesia, Pueblo de Dios, que "constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por Él como instrumentos de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra".[17]

Esta dimensión comunitaria de la fe se aprende y se interioriza en la parroquia, en la que deja de ser una hermosa teoría para convertirse en una realidad visible y dinámica. En ella convergen la multitud de los carismas y ministerios al servicio de la evangelización. Es lo que nos enseñan las asambleas parroquiales de programación, celebración y revisión: los diversos ministerios (catequistas, movimientos y asociaciones, miembros de cáritas, equipo de liturgia, responsables de la pastoral juvenil y de la pastoral de la salud, entre otros) aportan cada uno lo mejor de sí para llevar adelante el único proyecto. Esta comunión, como realidad también humana, no está carente de dificultades y de tensiones. Pero lo que importa es que el diálogo, la escucha mutua y leal y la búsqueda sincera de la voluntad de Dios permitan al Espíritu Santo abrirse camino incluso en medio de nuestras debilidades.

Además de esta comunión dialogante de los múltiples ministerios, tiene que avanzar la comunión y mutua aceptación de los diversos carismas, que han dado lugar a diferentes asociaciones y movimientos. La pluralidad es una riqueza que pone de manifiesto la imaginación creadora y la grandeza de Dios, siempre que no se convierta en dispersión y que ningún grupo pretenda tener la exclusiva de los caminos del Señor. Para ello no es suficiente estar en sintonía con el Papa, elemento ciertamente imprescindible, sino que hay que expresar esta sintonía a través de la comunión dentro de la Iglesia local, que tiene su expresión más cercana en la parroquia. En ella cabemos todos y todos tenemos un lugar y una parte en la única misión. La comunión está hablando de carismas diferentes, pero también de carismas orgánicamente unidos como están unidos los miembros del único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Tampoco esta comunión resulta fácil, aunque sea imprescindible, si queremos ser esa "comunión de vida, de caridad y de verdad", de que nos habla el Vaticano II. Y esto quiere

[16] Novo Millennio Ineunte n. 43.
[17] Lumen Gentium n. 9.

decir que no basta con mantener las relaciones amistosas de quienes se respetan y valoran, sino que hay que caminar hacia una integración apostólica activa que refleje que somos miembros diferentes de un mismo cuerpo. Todos tenemos la tentación de confundir nuestro pequeño «camino» con el Camino, que es Jesús. Nos hace falta una buena dosis de generosidad para valorar todo lo bueno que aporta el otro y para crear comunión en la parroquia al servicio de la comunidad y del anuncio del Evangelio.

Esta comunión ha de ponerse de manifiesto en que todos tratamos de vivir y proclamar la integridad de la única y misma fe. Lo que distingue a unos ministerios de otros no debe consistir en que unos se dediquen a la predicación, olvidando la caridad; ni en que otros se dediquen a la caridad, descuidando la vida litúrgica; o en que aquellos se centren en el compromiso por transformar la realidad para que avancen la justicia y los derechos humanos como exige el Evangelio, descuidando la proclamación explícita de la persona y la obra de Jesucristo. Sólo desde la comunión apostólica conseguiremos que nuestra presentación del Evangelio no descuide ninguna de sus dimensiones esenciales.

En la Eucaristía es donde se vive nuestro ser comunidad. La comunión nace y se nutre de la Eucaristía. Dice el Concilio que "no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía. En ella, por tanto, ha de empezar toda la formación en el espíritu de comunidad"[18]. La parroquia, como célula de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, es una comunidad de bautizados presidida por el párroco que celebra unánime la Eucaristía, da testimonio de Cristo y vive su caridad en todas las dimensiones de la vida humana hasta que Él venga". Y es que la Eucaristía dominical "es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente".[19]

La ACG no podrá ser considerada plenamente parte de la comunidad parroquial si sus miembros no participan de la Eucaristía dominical. Además, los acompañantes animadores de grupos deben cuidar especialmente la participación en la misa de los niños, jóvenes o adultos a los que animan en la fe. Entre otras cosas, es condición indispensable para que se vean como procesos parroquiales.

En la creación de comunión dentro de la parroquia tienen que jugar un papel importante los órganos de comunión y corresponsabilidad, especialmente los Consejos Pastorales. Es necesario crearlos donde no existan, fortalecerlos donde ya vienen funcionando, hacer que sea efectivamente el ámbito de consejo de todas las decisiones pastorales importantes que tiene que afrontar la comunidad parroquial. Para revitalizarlos es necesario que cuantos en ellos participan puedan experimentar que su aportación es valorada y tenida en cuenta, que contribuyen decisivamente a la edificación de la comunidad.

También ayudan los encuentros y asambleas parroquiales. Es preciso que todos se sientan corresponsables de la acción pastoral de la parroquia. Cada uno, ya sea trabajando como acompañante de grupos, en cáritas o en el coro… debe sentirse enviado a ello por su comunidad parroquial. Para esto, es necesario, en primer lugar, que se conozcan las personas de la comunidad parroquial. También se debe fomentar el trabajo en equipo aprovechando los dones de cada uno y sin personalizar en exceso. La ACG por su carácter asociativo y por su historia tiene mucho que aportar en este sentido. Una de las grandes riquezas de la AC es cómo potencia la participación de todos, el trabajo conjunto, la planificación y la labor pastoral desde una espiritualidad de comunión.

[18] Prebyterorum Ordinis n.6.
[19] Novo Millennio Ineunte n. 36.

Pero la parroquia es hoy tan necesaria como insuficiente. Se ha acabado el tiempo de la parroquia auto-suficiente. Las parroquias, incluso las más nutridas, no son hoy capaces de ofrecer por sí solas toda la variedad de servicios y estímulos para nutrir la fe y la eclesialidad de los practicantes, alimentar su compromiso cívico y alumbrar iniciativas misioneras. Por la movilidad característica del actual modo de vivir, los límites parroquiales se desdibujan. Este fenómeno hace más necesaria la acción concertada de las parroquias. La autarquía parroquial es no sólo un fenómeno que contradice a la comunión corresponsable de las parroquias entre sí, sino que compromete su eficacia pastoral. La evangelización requiere una auténtica articulación de parroquias que vaya más allá de una buena vecindad y de puntuales ayudas mutuas. Tal articulación pretende potenciarlas al hacerlas converger. Complementándose mutuamente responden a su naturaleza y a su misión mucho mejor que pretendiendo ser autosuficientes.

Esto hace necesario revitalizar y fortalecer la comunión desde el ámbito arciprestal. Y también cobra más sentido una apuesta diocesana por la ACG. Un laicado maduro, en comunión con su obispo, que pueda llevar el Evangelio a la sociedad actual, que esté capacitado para asumir nuevas tareas y responsabilidades. Un laicado asociado que dé cohesión a la diócesis para que primen las líneas diocesanas en todas las parroquias. Procesos de fe afines que permitan a los niños, jóvenes y adultos poder integrarse con facilidad en otras comunidades, poder hacer signos o actividades conjuntas. Tener posibilidad de experimentar la fraternidad y universalidad de la Iglesia y no reducir la vivencia de la fe a la esfera más cercana.

5. La parroquia casa y escuela de oración

El papa Juan Pablo II afirmó que "nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «escuelas de oración», donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hacia el arrebato del corazón"[20]. Y es que ninguno de nosotros nace sabiendo orar, sino que la oración requiere un aprendizaje y unas condiciones materiales que no se suelen dar en todas partes. De ahí la importancia de convertir nuestras parroquias en «casas y escuelas de oración» para el *aprendizaje de la oración personal y la iniciación a la oración comunitaria*.

Hasta hace poco la parroquia solía ofrecer diversas formas de orar, además de la celebración de los sacramentos. Era frecuente ver en los templos a numerosas personas recogidas en oración personal. Los sacerdotes las atendían personalmente cuando deseaban iniciarse, les ofrecían libros y otros medios a su alcance para orar y las orientaban cuando pedían ayuda para solventar las dificultades que surgían sobre la marcha. Se disponía de más tiempo y había más sacerdotes dedicados a las tareas parroquiales.

Nuestra situación es diferente, porque hoy apenas se reza en los hogares y el ritmo de vida que llevamos nos dificulta el recogimiento y el silencio. Además, la actividad a la que nos vemos sometidos y el bombardeo de noticias y sensaciones que recibimos de los medios de comunicación nos vacían y nos dispersan. Parece que nada nos habla de Dios y todo nos invita a estar pendientes de nosotros. En resumen, vemos que, por diferentes causas, apenas se ora, no resulta fácil encontrar guías que inicien en la vida de oración y no hay que dar por supuesto que el bautizado sepa orar. Sin embargo, seguimos necesitando la oración y no son pocos los que la echan de menos. Quizá por eso, cuando en una parroquia se imparten cursos de oración suelen encontrar una buena acogida por parte de los fieles, que agradecen la oportunidad que

[20] Novo Millennio Ineunte n. 33.

se les brinda. Pero dichos cursos, con ser una oferta interesante y una buena forma de iniciar, no constituyen una respuesta suficiente. Es necesario que la parroquia misma ofrezca espacios y tiempos para orar; que haya alguna persona con experiencia para atender a quienes se inician; y que pueda dar respuesta a quienes les plantean las dificultades que van surgiendo en este camino apasionante.

La ACG debe promover, participar e incluso crear esos espacios de oración. No basta realizar oraciones compartidas en los grupos en el contexto de una reunión semanal. Hay que preparar momentos para hacer oración con profundidad, con el tiempo, el lugar y el ambiente adecuados. Debe ayudar a que niños, jóvenes y adultos hagan oración personal con asiduidad. En los procesos de maduración en la fe tiene que cuidarse como un aspecto primordial dentro de la vivencia cristiana.

Además, junto a la oración personal es necesaria la iniciación en la oración comunitaria. La liturgia, ha dicho el Vaticano II, "es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor».[21]
Esta afirmación del Concilio, que llama la atención sobre un aspecto nuclear de nuestra vida de fe, puede quedarse en una hermosa teoría si no se mejora la formación litúrgica de las comunidades. Hay que ayudar a recuperar el sentido de los símbolos y de los ritos litúrgicos, y una manera de hacerlo consiste en el buen funcionamiento del equipo de liturgia.

Como el desconocimiento es grande en el campo de la liturgia, a veces se pretende salir al paso de esta situación introduciendo elementos novedosos, para que las celebraciones resulten más adaptadas a los participantes y amenas, sin advertir que es inútil buscar en elementos secundarios la respuesta a problemas muy de fondo: el desconocimiento del significado de la liturgia y de sus signos, la poca hondura de nuestra oración y el no haber descubierto la implicación mutua entre la liturgia que celebramos en el templo y la respuesta creyente en nuestra vida cotidiana. Sólo cuando el cristiano se pone en la presencia de Dios y se sumerge a fondo en el espíritu de los actos que realiza, descubre que la liturgia es la actualización, para nosotros hoy y aquí, de la acción salvadora de Jesucristo, que vive y actúa en la historia.

Hay que cuidar la celebración de la Liturgia para que se realice con la dignidad que merece y fomentar "con diligencia y paciencia la educación litúrgica y la participación activa de los fieles, externa e interna, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa".[22]

Para que la celebración de los Sacramentos y de la Eucaristía sean las raíces vivas y fundamentales de la vida parroquial, la ACG deberá implicarse en la creación de un equipo de Liturgia que sea capaz de dinamizar y dar vida a las celebraciones. Habrá que cuidar que en este equipo participen todos los grupos de personas que conforman y hacen posible la vida parroquial, tanto de niños y jóvenes como de adultos.

También tiene que garantizar en los procesos formativos medios y contenidos que permitan una adecuada comprensión y vivencia de los Sacramentos. Desde el inicio los niños, jóvenes y adultos integrantes de los grupos deben estar presentes en la celebración de los mismos, participando no de manera rutinaria, sino de forma activa y gozosa.

---

[21] Sacrosanctum Concilum n. 10.
[22] Sacrosanctum Concilum n. 19.

Tanto para la oración personal y para las celebraciones comunitarias no podemos olvidar la importancia de la Palabra. La constitución Dei Verbum, del Concilio Vaticano II, nos hizo comprender mejor la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y, por tanto, para la parroquia y para cada uno de sus miembros:

"La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y la del Cuerpo de Cristo. La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios […] Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura. […] Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual".[23]

De ahí que los Obispos "deban instruir a sus fieles en el uso recto de los libros sagrados" y que se "recomiende insistentemente a todos los fieles la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8), «pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo»".

La ACG puede ayudar mucho en cómo actualizar la Palabra de Dios en la vida de cada uno de nosotros. Gracias a la metodología de revisión de vida, de la “lectio divina” u otros instrumentos, puede ofrecer espacios muy ricos de oración, de reflexión a la luz del Evangelio y de interpelación, con el fin de transmitir la Bueva Nueva a la sociedad que nos rodea. Por otro lado, debe garantizar una buena y completa formación bíblica en los procesos de sus grupos, para que no se caiga en “leer únicamente los pasajes que nos gustan más”. Niños, jóvenes y adultos deben conocer las Sagradas Escrituras y tenerlas presentes para hacer una lectura creyente de la realidad.

6. La parroquia casa y escuela de misión

La parroquia es por naturaleza misionera. Del pueblo mesiánico, que es la Iglesia, Cristo hizo "una comunión de vida, de amor y de unidad, lo asume también como instrumento de redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-17)".[24]

Aunque el contexto social de las parroquias es diverso, es necesario tener en cuenta ciertos rasgos comunes que pueden determinar los criterios de presencia en clave evangelizadora. Dentro de esta situación de crisis general, y no aparte de ella, se detecta la crisis de lo religioso y, en concreto, del cristianismo. Solemos referirnos a los indicios más visibles: el descenso de la práctica religiosa, la disminución de vocaciones, el alejamiento los jóvenes, el envejecimiento de las comunidades, etc. Sin embargo, se produce algo mucho más radical: lo que se ha llamado «crisis de Dios». Dios ha dejado de ser el fundamento del orden social y el principio integrador de la cultura. De una afirmación social masiva, pública e institucional de Dios se ha pasado a una situación de indiferencia religiosa, cada vez más generalizada. La cuestión de Dios deja indiferente a un número cada vez mayor de personas. Según no pocos expertos entramos en una «era postcristiana». Esta «crisis de Dios» no parece un hecho pasajero.

[23] Dei Verbum n. 21.
[24] Lumen Gentium n. 9.

La situación religiosa se hace cada vez *más compleja*. Podemos observar diferentes formas de fe, de indiferencia y de increencia. Podemos encontrarnos con creyentes piadosos y con indiferentes, con ateos convencidos y con agnósticos, con adeptos a nuevos movimientos religiosos y con personas que no aciertan a descubrir un camino de fe, etc.

La experiencia religiosa es cada vez *más restringida*. No sólo queda confinada al ámbito privado, sino que ocupa un lugar cada vez menor en la vida cotidiana de las personas. Aparece en momentos cruciales o significativos (nacimiento, adolescencia, matrimonio, enfermedad, muerte...) pero la vida cotidiana se organiza sin una referencia habitual a Dios.

Crece *la incultura religiosa* de las nuevas generaciones que ignoran cada vez más lo religioso, incluso como hecho histórico y cultural. Se difunde una cultura frívola donde la religión aparece mezclada con lo esotérico, la astrología, las creencias ocultas, la parapsicología, etc.

La fe religiosa es cada vez *menos definida y más fluctuante*. La adhesión a una religión es cada vez menos firme y más abierta a posibles combinaciones. Cada uno se busca sus referencias y elabora su propia posición religiosa que resulta ser un «bricolaje religioso», una «religión de supermercado».

No es que se rechace la proposición religiosa sino que se hace difícil creer. Lo que hoy está en crisis es el acto mismo de creer. En este contexto, muchos se deslizan hacia una postura de «indiferencia», por lo general, sin hostilidad hacia lo religioso, una indiferencia tranquila, ajena a todo planteamiento sobre Dios. Lo que crece es el desinterés y el escepticismo hacia las cuestiones más fundamentales de la existencia: ¿para qué vivir?, ¿en qué creer? ¿por qué esperar? No interesan las grandes cuestiones del ser humano sino el vivir bien.

Lo más importante, desde una perspectiva pastoral, es ahondar en la vida de las personas, para preguntarnos de qué se vive y en qué se cree cuando ya no se cree en Dios ni en sus modernos sustitutos: la razón, el progreso, la historia. ¿Cómo hemos de situarnos en este momento? ¿Cuál ha de ser nuestra actuación personal y la de la Iglesia en su conjunto? ¿Cómo ser fieles, en este contexto, a la misión que el Señor nos ha confiado?

Hay una manera estéril y paralizante de situarse en este contexto: las actitudes negativas de resentimiento, victimismo, pasividad o evasión. Creemos que es un error «demonizar» la crisis actual como si fuera una situación imposible para la acción salvadora de Dios y para la apertura del hombre al Evangelio. Los tiempos actuales tienen ciertamente sus dificultades propias, pero no son, en principio, más desfavorables para el anuncio del Evangelio y la conversión a Jesucristo que los tiempos de nuestra historia pasada.

Hemos de vivir el momento actual con una actitud positiva y esperanzada. Para ello necesitamos, ante todo, situarnos correctamente ante la crisis. Lo hemos dicho ya, la crisis religiosa que vivimos y sufrimos directamente es parte de la crisis global de nuestro tiempo. Como Iglesia, estamos llamados a compartir la suerte del hombre de hoy[25], a acompañarle en este momento de crisis. Necesitamos cambiar nuestro esquema mental y nuestra actitud vital. Lo primero no es plantearnos qué desafíos nos «amenazan», sino a qué retos hemos de enfrentarnos juntos los hombres y mujeres de hoy, y cómo podemos como Iglesia vivir y ofrecer el Evangelio, para que el cambio al que asistimos sea un paso adelante en el crecimiento en humanidad de todos los hombres y de todos los pueblos.

[25] Cf. Gaudium et Spes n.1.

La Iglesia, siempre animada por el Espíritu de Jesús, tiene recursos para vivir de manera evangélica esta situación inédita. La crisis es una ocasión única (gracia) para discernir la autenticidad de nuestra manera de entender, vivir y proponer la fe. La Palabra de Dios, la venida del Reino, y los interrogantes que nos plantea el mundo siempre ponen en crisis nuestros esquemas, nuestras construcciones racionales, nuestras instituciones y nuestros comportamientos. La crisis nos puede ayudar a comprender vitalmente que la fe cristiana no se identifica con una cultura, ni con una ideología, ni con un sistema social. La fe sigue siendo posible porque Dios sigue actuando en cada ser humano, sin que ninguna situación histórica pueda impedir la gracia de Dios en cada sujeto.

Vivida en positivo, la situación en la que nos encontramos nos debe impulsar a volver más intensamente a las fuentes de nuestra fe, a hacernos discípulos y testigos del Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo de una forma más decidida y radical. Y esto desde una renovada experiencia de encuentro con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, vivida de una manera particularmente intensa en la liturgia, "cumbre y fuente de la vida eclesial", y en el amor abnegado a todos, especialmente a los pobres y a los que sufren. Aquí radica el secreto de un cristianismo vivo, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a sus fuentes y se regenera en ellas.
Vivida en positivo debemos sentirnos impulsados a redescubrir, en la nueva situación, que nuestra acción pastoral será «nueva» siempre que vuelva a vivir la novedad del Evangelio en la comunión de la Iglesia, siempre que sea fiel a su naturaleza profunda de ser respuesta a la llamada del Señor y obediencia a su envío en medio del mundo.

Y que, sin embargo, seguirá siendo «vieja» siempre que quede atada o anquilosada en esquemas ideológicos u organizativos caducos, ya sean antiguos o recientes, ya sean conservadores o progresistas. Lo decisivo es adentrarse en lo profundo y descubrir una y otra vez la novedad eterna del Evangelio vivido en la comunión de la Iglesia, también en esta situación de cambio que nos toca vivir.

En este mundo pluralista en convicciones, ideologías y posiciones religiosas los cristianos hemos de situarnos desde la propuesta y el diálogo, desde la escucha mutua, sin pretender imponer nada, pero con la convicción de que Jesucristo es lo mejor que podemos ofrecer a los demás, el único que puede conducirles a su realización más plena, el único que puede salvarles.

El deber misionero de anunciar a Jesucristo, "no nos impide entablar el diálogo íntimamente dispuestos a la escucha. En efecto, sabemos que, frente al misterio de gracia infinitamente rico por sus dimensiones e implicaciones para la vida y la historia del hombre, la Iglesia misma nunca dejará de escudriñar, contando con la ayuda del Paráclito, el Espíritu de verdad (cf. Jn 14,17), al que compete precisamente llevarla a la «plenitud de la verdad » (Jn 16,13)".

El diálogo, como nos recordó Pablo VI, es la norma y el estilo indispensable de la misión evangelizadora y de cada una de sus formas, ya se trate de la simple presencia y del testimonio, del servicio o del anuncio directo. Ciertamente entrar en la dinámica del diálogo puede parecer que nos deja indefensos, sin el discurso previsto, sin una respuesta prefijada. Pero es en el diálogo donde, apoyándonos en Jesucristo, podremos contrastar las situaciones con el Evangelio y a proponer los valores que apuntan al Reino de Dios: "El Espíritu Santo os enseñará lo que habéis de decir" (Lc 12,12). Jesús es un maestro del diálogo, como también lo fue San Pablo y tantos cristianos de todos los tiempos. Pero situarnos en línea de diálogo no quiere decir contagiarnos de una mentalidad relativista, aceptar que todo vale, o que todo vale igual. Tampoco es «descafeinar» la fe, seleccionar de la misma sólo aquello que creemos puede ser mejor aceptado. Sin perder fuerza ni firmeza en nuestra identidad y en nuestro

anuncio evangélico, estamos llamados a hacerlo de otro modo, como en otro terreno de juego, el terreno del diálogo, el de la escucha sincera y la propuesta audaz, el del análisis compartido, el de la búsqueda de puntos de encuentro y la constatación serena de las diferencias.

Los cristianos debemos distinguirnos por el respeto a los que piensan diferente, sin que ello signifique rebajar el Evangelio o renunciar a proponerlo. El cristiano ha de presentarse obediente a la verdad al tiempo que respetuoso con la libertad de los demás. "Nuestro respeto y amor deben extenderse también a aquellos que en materia social, política e incluso religiosa sienten y actúan de modo diferente al nuestro; y cuanto más íntimamente comprendamos con humanidad y amor su manera de pensar, más fácilmente podremos dialogar con ellos".[26]

Vivimos en una sociedad polarizada en casi todos los campos: político, ideológico, científico, educativo, etc. En esta situación resalta la importancia de la Iglesia como sacramento de unidad de todo el género humano, su misión de prefigurar y promover la unidad de todos los hombres[27]. Si tenemos una experiencia viva de Dios, como nuestro Salvador y el único Salvador de todos los hombres, si queremos apasionadamente a los hombres de nuestro tiempo, si no soportamos que puedan vivir sin la dicha de saber que Dios los ama, que los invita a ser hijos suyos por la fe y el bautismo y que pueden amarle y vivir como Hijos de Dios, si estamos convencidos vitalmente de que Dios es la plenitud de vida para cada uno de los hombres, entonces no podemos acallar nuestra experiencia de Dios, la gritaremos con nuestra vida y con nuestra palabra de una u otra manera, buscaremos juntos hasta encontrar los caminos pastorales que nos permitan hacerlo. Las dificultades exteriores se convertirán en estímulos para buscar nuevos modos de evangelizar.

Pero, a menudo en las parroquias se gastan todos los esfuerzos en tareas de mantener y acrecentar la fe de las personas que se acercan por sí mismas. Al hacer esto sucede que una función primaria como es el primer anuncio no recibe un lugar prioritario en la conciencia de las comunidades cristianas, ni se le dedican los medios y el tiempo necesarios, ya que siempre hay tareas urgentes que hacer hacia dentro de la propia comunidad. Además existe el riesgo de emplear métodos de acción inadecuados.
Si todo es catequesis, o todo es pastoral, se corre el riesgo de no saber qué hay que hacer frente a muchísimos jóvenes y adultos que no son cristianos. Es necesario emplear con ellos métodos apropiados, distintos de las lógicas de la catequesis doctrinal o de la pastoral dirigida a los que ya son creyentes.

El primer anuncio es un proceso que tiene tres claves fundamentales. La primera es *la «presencia» en medio de la gente*. Para poder anunciar el Evangelio es imprescindible estar presente en medio de la gente:

"Es necesario que la Iglesia esté presente en estos grupos humanos por medio de sus hijos, que viven entre ellos […] de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana"[28].

De hecho Jesús asumió nuestra condición humana, se hizo "uno de tantos", vivió en medio de la gente a la que quería anunciar el reino. Los evangelios nos permiten percibir que Jesús conocía la vida real de la gente, cómo se acercaba a ellas con respeto y amor y cómo estas podían acercarse a él, plantearle su situación y necesidades, tratarle y conocerle de cerca.

[26] Gaudium et Spes n. 28.
[27] Cf. Lumen Gentium n. 1.
[28] Ad Gentes n. 11.

A la vista de esta forma de evangelizar de Jesús, tenemos que revisar nuestra praxis evangelizadora. La Iglesia, como enseñó Pablo VI, tiene que "llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad"[29]. Sólo se puede ser fermento transformador y sal sabrosa, en las diversas situaciones y ambientes en que viven los hombres, desde una presencia fraterna, cercana y amorosa, capaz de observar a las personas y de captar su realidad más honda (cf. Mc 6,34). Esta forma de presencia es el núcleo específico de la vocación y misión de los seglares: conducir los asuntos temporales según Dios; es decir, anunciar el Evangelio desde los distintos ambientes donde ordinariamente transcurre su vida laboral y social, en los ámbitos donde se juega el futuro de la vida, del trabajo, de la cultura, de la justicia, del bien común, etc.
Sin endurecer ni contraponer, la distinción entre la participación en la vida y edificación de la comunidad eclesial y en la misión evangelizadora en el mundo, los laicos prestan su servicio eclesial de modo peculiar en el mundo, siendo en él fermento evangélico, ya que el carácter secular es propio de los laicos. *Lo específico de la vocación laical se asienta en lo que es común a toda vida.*

La segunda clave, es el testimonio, esto es, la presencia visible, palpable e interpeladora de los cristianos en medio del mundo. Sin testimonio, cualquier anuncio es poco creíble, especialmente en el mundo actual.

Sigue siendo de viva actualidad la afirmación Pablo VI: "El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión"[30]. Cuando "un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunidad de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y de bueno" y, demás, "irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes y su esperanza en algo que ni ven ni se atreverían a soñar", a través de ese testimonio "hacen que quienes contemplan su vida se hagan preguntas irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Estas, posiblemente sean las primeras preguntas que se harían muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, bautizados no practicantes, gentes que viven en cristiano, pero según unos principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan, pero al que no son capaces de dar un nombre. Más adelante surgirán otros interrogantes, más profundos y comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad, y que es un elemento esencial -en general, el primero absolutamente- en la evangelización" [31].

Para poder irradiar el Evangelio y traslucirlo como posibilidad significativa para los demás, es necesario que quienes den testimonio vivan la experiencia de Dios y del Evangelio como un descubrimiento gozoso que se convierte en el primer valor de su existencia. Si este sentido de gozo se redujera o estuviera ausente, no hay técnica pedagógica que pueda remediar su falta.

La tercera es el anuncio explícito del Evangelio a quienes necesitan conocer a Jesucristo. Ciertamente, "no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina,

[29] Evangelii Nuntiandi n. 18.
[30] Redemptoris Missio n. 42.
[31] Evangelii Nuntiandi n. 21.

la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios"[32]. Para ello es necesario:

- crear posibilidades reales de encuentro con Jesucristo;
- dar a conocer las propuestas y exigencias del Evangelio;
- invitar a realizar seriamente la conversión;
- acompañar a las personas interesadas.

Además de cuidar la acogida, las parroquias deberán crear espacios de encuentro para propiciar el primer anuncio. Por un lado, es bueno promover actividades enfocadas a mejorar el entorno social en el que están inmersas, a construir un mejor barrio o pueblo. Para ello, es conveniente estar en comunicación, convocar y colaborar con otras organizaciones, instituciones, asociaciones de vecinos, etc. y partir de las necesidades de las personas, especialmente de aquellos que necesiten más ayuda. La caridad y el testimonio de pobreza evangélica son dos medios privilegiados para la evangelización.

También se pueden organizar encuentros que no siendo explícitamente religiosos en primera instancia, sí pueden ser lugares en los que desde la relación de amistad y de compartir experiencias, bien deportivas, bien artísticas o de otro tipo, se puede llegar a dar testimonio de vida creyente y a anunciar de manera explícita el mensaje cristiano. Desde una perspectiva misionera y pensando especialmente en jóvenes hay al menos tres campos a los que se les puede invitar y a los que pueden acercarse cómodamente. Son los campos de la música y el arte, del voluntariado social, y de las actividades en la naturaleza, o el deporte en general. Normalmente se buscan catequistas para atender la demanda de niños que van a recibir el sacramento de la Eucaristía, pero qué pocos medios reales se disponen para anunciar el evangelio a los jóvenes. Hace falta concienciar y preparar a jóvenes y adultos dispuestos a encarnarse en los ambientes juveniles. Para llegar a los jóvenes hay que estar con ellos, acompañarlos y ofrecerles el Evangelio como una propuesta de vida que les lleva a la realización personal, a la felicidad. A la vez, darles cancha en las comunidades para que se sientan escuchados, protagonistas y útiles en la construcción de un mundo más justo y solidario. Ofrecerles espacios para que compartan sus ilusiones, inquietudes, miedos y puedan aplacar su sed de búsqueda de respuestas.

En actividades y experiencias desarrolladas en estos campos y en la amistad que se deriva de estas experiencias compartidas, es posible entablar diálogo profundo, compartir ideas sobre valores humanos, sobre proyectos de vida, sobre el sentido de la existencia, sobre la religión, sobre Dios, sobre Jesucristo, la Iglesia. No se trata entonces de simples experiencias lúdicas sin valor educativo y humano. Cuando planteamos esto pensamos en experiencias serias donde se pone en juego lo mejor de las personas, su capacidad de creación, su esfuerzo y capacidad de superación, su pasión por mejorar, su capacidad de compartir y de sacrificarse, y en definitiva todo aquello que pone a la persona en camino, en búsqueda, en actitud de permanente discernimiento. Estas situaciones pueden constituir la «tierra buena», preparada para que la semilla fructifique, según la parábola del sembrador.

Por otro lado, el campo de la religiosidad popular es un lugar de encuentro privilegiado para la acción misionera. A la experiencia de la religiosidad popular se acercan muchas personas con muy diferentes situaciones personales respecto a la fe y al Evangelio. Muchas personas se acercan por tradición a hermandades y cofradías. Sería de gran riqueza canalizar ese acercamiento hacia una vivencia de la fe más profunda y totalizadora.

[32] Evangelii Nuntiandi n. 22.

Más importante aún es el ámbito familiar. La familia sigue siendo determinante en la estructuración de la vida de las personas, aunque haya también influencias externas poderosas. La familia cristiana es el lugar básico del primer anuncio. Los tres presupuestos del Primer Anuncio se dan de modo privilegiado en la familia. La presencia del testigo en la familia reviste la intensidad y la profundidad de unas relaciones estrechas, llenas de afecto y calor. Los padres de familia son los primeros educadores de la fe. El testimonio adquiere la fuerza del día a día, en el que los hijos observan sistemáticamente las expresiones de la religiosidad de sus padres, o la ausencia de las mismas. En la familia es posible de manera natural el anuncio explícito en respuesta a las primeras preguntas de los niños sobre Dios, sobre la vida, sobre la existencia. Las parroquias deben cuidar con esmero la pastoral familiar. Ayudar a los padres a transmitir la fe a los niños desde que nacen; crear espacios de encuentro donde niños, padres y abuelos puedan compartir su vivencia de la fe; acompañar y dar luz en las relaciones entre padres y adolescentes; charlas y encuentros para que las parejas puedan cuidar sus relaciones basadas en el diálogo, el respeto y el amor, puedan compartir problemas e inquietudes, etc.

La cultura y la educación son también canales para la transmisión del Evangelio. Las parroquias deben estar en contacto con los colegios de su entorno, especialmente a través de los maestros o profesores de religión y estar atentas a posibles manifestaciones culturales que se den en su territorio que ayuden a abrirse a la trascendencia.

Nadie sabe cómo, cuándo ni a través de qué medio, sale Dios al encuentro de una persona. Sin embargo, es una constante en la vida de la Iglesia que el encuentro con Cristo es de algún modo impactante, deslumbrante. Baste recordar la descripción que Lucas hace del episodio de la conversión de San Pablo para caer en la cuenta de que, efectivamente, en la vida hay determinados puntos de inflexión y en la vida cristiana hay una primera conversión. A pesar de que ignoramos los caminos de Dios, nada impide organizar actividades pastorales orientadas a ese primer anuncio y a esa primera conversión. Ahí está la experiencia de los cursillos de cristiandad, medio a través del cual muchos cristianos tuvieron la oportunidad de esa primera experiencia de oír hablar de Cristo y de los aspectos básicos de su mensaje y su obra salvadora. Estos cursillos de Primer Anuncio y Conversión, que pueden revestir diversas formas y metodologías, tienen la característica de desarrollarse, no tanto como exposición académica, sino como testimonios vivos de personas que narran su historia con Dios, lo que el camino de encuentro y de seguimiento de Cristo ha supuesto en sus vidas.

La ACG por su historia y tradición fomenta una conciencia apostólica que ayuda a acercar los problemas de la gente, del pueblo, del barrio a la comunidad parroquial. Ayuda a que los miembros de la comunidad parroquial miren a la sociedad y al mundo como manifestación de Dios, desarrollando la dimensión social y política de la fe. Propicia que la parroquia responda a su misión de evangelizar hoy y aquí. Forma a los laicos a encarnarse en el mundo, a fundir la fe con la vida y transmitir con ardor el Evangelio, denunciando las injusticias y comprometiéndose en la construcción de una sociedad más justa. No trata de exclusivizar ni de buscar una parroquia propia de la ACG, sino de colaborar para que ésta impulse la evangelización a través de un laicado maduro, organizado y comprometido. Seglares que practique su compromiso evangelizador, de un modo preferente, en el ámbito social del territorio de la parroquia, poniendo en práctica su secular vocación apostólica. Niños, jóvenes y adultos comprometidos en su familia, en su lugar de estudios, de trabajo, asociaciones lúdicas y socio culturales, de vecinos, grupos políticos, con una especial implicación con los sectores marginados. Niños, jóvenes y adultos partícipes activos en las actividades o plataformas de carácter misionero que se creen en la parroquia.

7. Una nueva articulación parroquial

La inmensa mayoría de las parroquias tiene sus grupos más comprometidos de cristianos organizados y agrupados, fundamentalmente, en torno a los servicios pastorales que tienen encomendados: catequesis, liturgia, cáritas, economía, etc. No son muchas las parroquias en las que estén organizados grupos cuyo punto de convergencia no sea una función pastoral específica, pequeñas comunidades que permitan compartir la fe en grupos más reducidos, donde las relaciones y el conocimiento de sus miembros lo hagan más viable, grupos donde revisar la vida con la mirada de Dios para buscar caminos que permitan ser más fieles al Evangelio, acogiendo los retos que hoy tenemos planteados.

Las pequeñas comunidades dentro de la parroquia, comunidad de comunidades, no parecían tan necesarias en tiempos todavía no muy lejanos, porque los cristianos encontraban la cohesión y la ayuda necesaria para vivir cristianamente incluso en el ambiente. Pero esto ha cambiado. Por otro lado, la configuración de la parroquia casi exclusivamente en torno a los servicios pastorales, parece que no puede cubrir las expectativas y necesidades de vínculos comunitarios que hoy son necesarios. Sin lugar a dudas esto explica en buena medida el éxito pastoral de los nuevos movimientos. Por ello es necesario crear pequeñas comunidades realmente convertidas, realmente practicantes, que vivan con fuerza y con alegría la vida cristiana en plenitud.

Además, el reducir prácticamente la experiencia comunitaria de muchos cristianos al grupo desde el que presta un servicio pastoral no parece que pueda cubrir todas las dimensiones que hoy son necesarias para vivir comunitariamente la fe, a menos que en cada uno de ellos se tenga que repetir todo lo que es común a cada uno de los grupos, con la consiguiente reiteración de los mismos esfuerzos y tareas en cada uno de ellos: formación cristiana, celebración, discernimiento y búsqueda en común, etc., además de la formación específica para el servicio que tienen encomendado. Por otro lado, esta forma de organización no facilita la comunión entre todas las dimensiones pastorales y entre los miembros que las llevan a cabo, además de requerir mayor esfuerzo para atenderlos.

Hoy parece un camino necesario la creación de pequeños grupos de vida cristiana, donde se pueda compartir personalmente la fe y la vida, donde se encuentre el punto de referencia necesario y el apoyo inmediato para expresar y vivir la fe, donde se propicie itinerarios de formación cristiana más adecuados, donde se pueda orar e interpelarse.

A partir de estos grupos cristianos habrá que organizar los servicios pastorales que necesite la parroquia, dejando para los mismos solamente los aspectos específicos para la buena realización del servicio que la parroquia les tiene confiado.

La ACG posibilita esta nueva articulación. Propone un proceso continuado desde la infancia hasta la edad adulta basado en esa estructuración a partir de grupos de vida cristiana. Ofrece un proyecto formativo que propicia la síntesis de la fe con la vida cuidando todas las dimensiones del ser cristiano. Es escuela de un laicado maduro, que trabaja en las parroquias por la construcción del Reino, en colaboración especial con su Obispo y presbíteros.

Para llevar a cabo las tres tareas en las que se expresa la Iglesia (escucha de la Palabra, celebración de los Sacramentos y servicio de la caridad), una parroquia debe organizar servicios y actividades a través de las cuales evangeliza y sirve al mundo. Una ACG respaldada, consolidada, representativa, fiel a su tarea y a sus principios constitutivos formaría a cristianos capaces de desarrollar esas tareas desde la comunión, con autenticidad y ardor misionero. Para lograr que sea una realidad se deben poner medios tanto por parte de la Iglesia diocesana

como de la propia ACG; cambiar inercias y anteponer el bien de la Iglesia a fines particulares. Es preciso fomentar los valores de la humildad y el servicio, la corresponsabilidad y la comunión. Tener paciencia y apostar por proyectos a medio plazo. Si lo urgente se sigue comiendo a lo necesario tardarán más tiempo en darse una verdadera renovación en la pastoral general de la Iglesia.

Cuestionario – La Acción Católica General, realidad parroquial

1.- De esta segunda parte del material, ¿qué ideas o propuestas destacarías como más importantes o novedosas?

2.- ¿Qué llamadas sientes en estos momentos a nivel personal respecto a tu vivencia de la fe y a la tarea evangelizadora que llevas a cabo?

3.- De igual forma, ¿qué retos o llamadas descubres en tu parroquia?

4.- ¿Qué cuestiones de las planteadas en esta segunda parte del documento consideras que son prioritarias para la Acción Católica General?